

Diez preguntas literarias:

Cuñas de barro

Alberto Paredes

Una tablilla de barro conservada en un museo de Damasco, en Siria, es el más antiguo vestigio que tiene la humanidad sobre la invención del alfabeto. Se trata del origen de una transformación humana inaudita. El ensayista Alberto Paredes emprende un viaje por las provincias de la palabra, la creación y la lectura.

No rebasa los quince centímetros de largo por tres de alto; es una tablilla de barro; está en una de las vitrinas de la primera sala del Museo Nacional del país que en nuestros días se llama Siria y cuya capital es ciudad desde hace aproximadamente cuarenta siglos: Dimmashka, Dammeshek, Esh Sham o Damas o Damasco. De grosor, le calculo unos cinco centímetros y según reza la breve leyenda escrita a máquina, en un papel muy común, este ínfimo trozo de barro contiene uno de los mayores tesoros de la humanidad: el alfabeto. El primero. “...a new simplified quasi-alphabetic cuneiform writing for the Old Persian language” y con probable influencia de la muy antigua lengua semítica del norte, pero fuertemente independizada —informa con justo escrúpulo la *Encyclopaedia Britannica*.

Podemos adivinarlo, aunque no lo “leamos”: es una serie de inscripciones inspiradas en la línea recta, con ensanchamientos que forman remates triangulares, ora verticales u horizontales. Son letras. Sólo consonantes. El hebreo y el árabe, lenguas de esta región semita, siguen representando sólo los sonidos consonánticos. A diferencia de los pictogramas, jeroglíficos e ideogramas anteriores, el paralelo visual con realidades concretas del entorno ha desaparecido. Los especialistas en quienes confía la *Britannica* estiman que esta codificación abstracta en forma de cuñas, repetibles y convencionales,

simplificadas y abstractas como las líneas de un gran dibujante en su última depuración, tendrá unos tres mil 400 años de haber sido creada. Los asirios del occidente de Mesopotamia fueron quienes dieron el paso vertiginoso; se debe al contacto que el país de Elam (sudeste de lo que actualmente es Irán y en algunas épocas fuera Persia) tuvo con las culturas mesopotámicas. El antecedente inmediato de este primer alfabeto son las cuñas, aún figurativas —para decirlo con nuestro lenguaje— de la gran Babilonia acadia, en las que está escrito el primer libro de leyes, el código de Hammurabi. Al parecer estos hombres del occidente (¿será esto emblema del futuro Occidente?) eran menos entregados a lo sagrado o protocolario que sus maestros babilonios y utilizaron con mayor espíritu profano o práctico sus grafías: anotaron con ellas, sobre todo, operaciones de intercambio comercial.

Una evidencia de lo anterior es una de las formas en que el gobierno sirio mantiene viva entre toda su población la tablilla de Ugarit con su presurosa sucesión enlistada de caracteres: puedo sostenerla en mi mano, la papeleta con la reproducción fotográfica del alfabeto en su ángulo inferior derecho y que todos atesoramos para intercambiar: es el billete bancario de mayor denominación del país vigente, “Five Hundred Syrian Pounds” según se declara en inglés y árabe. (Que vendrán siendo

unos once dólares de su enemigo actual). Fuera de esta vitrina está Damasco, con su caos, torbellino de mundo y barahúnda de ciudad, es decir, mercado, zoco, desde tiempos que ya evoca el Antiguo Testamento en su Pentateuco. Dentro, la vitrina parece prometer sosiego y refugio. Es el régimen, la república, del alfabeto: la ilusión de que una sucesión cualquiera de incisiones convencionales son un orden, que podemos confiar en ello; que están ahí y ahí permanecerán, intactas y meticulosas, cuando nuestra vista quiera pasar de la observación de objetos tridimensionales al juego de equivalencias que llamamos lectura.

Es el diccionario el que ahí nos aguarda. Cada “alfabeto” de las eras arqueológicas que conocemos, desde los pictogramas hasta los caracteres que el lector descifra en esta página, no guarda un mismo orden. No hay lógica alguna en que A anteceda a B que anuncia a C que en cierta lengua tozuda pare a CH. No, no hay la posibilidad de una venerable y sólida genealogía épica, al estilo de todas aquellas gestas cantadas y escritas por esta misma Mesopotamia. Una prueba rotunda: los dos alfabetos últimos de la sucesión que nos atañe son totalmente asimétricos en su desfile de vocales y consonantes: griego y latín, cuyo tercer carácter abre caminos diferentes: “G g” nada tiene que ver con “C c”. Es “el orden milenario y loco de las letras”, que festejaba Barthes para enlistar sus cuitas de amor en aquellos *Fragmentos*. Todas las canciones y rimas de sinsentido de todas las lenguas, “La marcha de las vocales” de Cri-Crí y el soneto de las vocales de colorido delirio de Rimbaud son posibles gracias a que estos mercaderes asirios decidieron ser “prácticos” y dieron el último empujón para que se desbarrancasen hacia la Nada Negra las alusiones pictográficas para representar ya no fenómenos ni palabras enteras y ni siquiera conjuntos silábicos: letras. En un aparente orden que, hace treinta siglos, cada familia de lenguas (semitas, indoeuropeos, orientales) aprende desde su A a su Z. Entre una tal grafía de rectas y volutas y otra más de su serie, hay una lógica y un Espíritu vigilando. Noé, la Filología, observa el desfile del rebaño hasta el lugar del reposo sagrado: el Diccionario.

Un diccionario como el aprisco donde apacentamos las ovejas que entre todos custodiamos pues lo hemos heredado de nosotros mismos: el legado abstracto y vigoroso del alfabeto. Todo lo sabremos y lo ordenaremos, todo lo capturaremos y lo haremos vivir para siempre si lo “traducimos” a una clave de nunca más de treinta incisiones convencionales. Un botón de la sobrevivencia del símbolo sobre el oro de los reinos: Ugarit, la “ciudad-Estado” de Asiria, de raíz cananea y con fuerte influencia fenicia, de donde esta y otras tablillas provienen, fue arrasada. Después de haber existido desde el neolítico, prosperado cuando era plaza de encuentro entre asirios, hititas y egipcios, Ugarit, esplendor de su

tiempo, dejó de existir hará unos tres mil 200 años. El Pueblo del Norte, el Pueblo del Mar, terremotos reiterados, sequías y hambrunas fueron la alianza destructiva que masacró a su gente, volvió irreconocibles a quienes no perecieron y huyeron incógnitos, oscuros y entre las sombras; la ciudad, probablemente cosmopolita, que iniciara su edificación hacia el 7000 a. C., se vino abajo, muro tras muro, sin dejar piedra sobre piedra. Sería un poco después del 1200 a. C., de nuestro calendario. Sobrevivieron, en el polvo de sus ruinas, unas cuantas piezas de arcilla. Fueron encontradas. Algunas hablan de cuestiones administrativas o comerciales, otras de obligaciones rituales y religiosas; una de ellas es una lista de sonidos consonánticos. “*Inscriptions in an unknown simple system of cuneiform were found; the low number of 30 different signs pointed to an alphabetic type*” —reporta la *Britannica*.

El laberinto del mundo, el laberinto del zoco damasquino, crepitante después de cuarenta siglos, está ahí, nos incita fuera de esta vitrina. Dentro de ella, sin mayor pompa y ninguna circunstancia que fuera de particular solemnidad, entre otras cuantas piezas del origen de la humanidad como tal, aquí, al occidente de Mesopotamia, en la posible Mano Izquierda de Dios, reposa visible una humilde tablilla; una taquigrafía que enlista los símbolos, para no olvidarlos, sin decir una sola palabra, idea o transacción comercial, sólo para tenerlos a mano. Hay diccionarios que todos llevamos en cualquier parte, *vademecum* o de bolsillo.

¿Quién fuiste, quién eres ya eternamente, hermano remoto que de apresurado comerciante asirio pasaste a ser, tan sencillamente como quien garabatea un par de apresuradas líneas, nuestro padre filólogo? En mi tiempo, tres mil 400 años es lo que cubre el arco de la bóveda de tu sombra generosa. Un palito, un poco de arcilla turgente, los rápidos garabatos de las consonantes de tu lengua; te lo echaste al bolsillo. Y tres mil 400 años se originaron con ese gesto, que penden de él eslabón a eslabón, en una cadena tan prodigiosa, intangible y perdurable que por sí misma es una magia: la cultura, la conciencia de que escribimos.

La tablilla, calculo, pesa menos, bastante menos de escasos cincuenta gramos; infinitamente más ligera que la roseta Champollion... cualquier explorador inglés o francés hubiera podido echársela al bolsillo en un parpadeo. Para que la contempláramos, bajo luces de halógeno y con circuitos de seguridad, entre tanto otro prodigio, bajo los techos del British Museum o del Musée du Louvre. Está aquí, en un país musulmán, y todos nosotros, escribas y lectores del mundo, podríamos aceptar que es nuestra Meca. **U**

Texto perteneciente al libro de Alberto Paredes, *Y todo es lengua —diez preguntas literarias—*, Siglo XXI Editores/UNAM, México, 2016.